

# Retos para el desarrollo de la competencia lectora: Una perspectiva histórica

Adriana de Teresa Ochoa

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM



En el año 2000, cuando en nuestro país se aplicó por primera vez la prueba PISA, los resultados indicaron con crudeza el bajo desempeño de los jóvenes mexicanos en comprensión lectora, el cual se ha mantenido con ligeros cambios en las sucesivas aplicaciones tanto de PISA como de ENLACE. Si bien la pobreza de esos resultados constituyen una fuerte llamada de atención para el sistema educativo, es preciso valorarlos también como un síntoma o reflejo de una realidad mayor, que es la sociedad mexicana en su conjunto. De acuerdo con la *Encuesta nacional de hábitos, prácticas y consumo culturales* que presentó el Conaculta en febrero de 2010, durante los 12 meses anteriores sólo 27% de la población había leído un libro (de ese porcentaje apenas 13% lo leyó completo), 43% declaró no conocer una biblioteca y 24% no tener ni un libro en casa.

Ante semejante panorama, la respuesta del Estado, la institución escolar, la sociedad civil y los medios de comunicación ha sido, fundamentalmente, de alarma y lamento, aunada a un discurso de elogio a la lectura promovido a través de actividades organizadas ex profeso, como campañas, premios, ferias y talleres, entre otras, cuya efectividad hasta ahora no ha sido significativa —tal como lo demuestran pruebas y encuestas—, y habría que pensar por qué.

Como ejemplo se analizará una campaña reciente, “Diviértete leyendo”, promovida por el *Consejo de la Comunicación. La Voz de las Empresas*, la cual convocó a diversas figuras del espectáculo y la televisión para que compartieran con el público su propia experiencia con la lectura. Así Ingrid Coronado, Benny Ibarra, Yordi Rosado, K Paz de la Sierra, Bobby Pulido y Margarita “la diosa de la Cumbia”, entre otras figuras populares, insistieron en que la lectura es sinónimo de diversión y que es necesario leer diariamente durante 20 minutos. A pesar de las buenas intenciones de esta y

\* Este artículo es una versión ampliada de los comentarios leídos por la Dra. Adriana de Teresa en la Mesa Pública “La competencia lectora desde PISA”, realizada en el INEE el 7 de noviembre de 2012. Agradecemos a la doctora permitirnos integrar su texto a esta colección.

otras campañas, su estrategia está condenada al fracaso por diversas razones, entre las que destaca la asociación de la lectura con la “diversión”, máximo valor en la cultura del entretenimiento, pero con una imagen simplista y distorsionada de lo que puede ser la experiencia de la lectura —sin que ello signifique que uno no pueda divertirse leyendo— y como “gancho” engañoso para vender un producto que, de otra manera, a nadie le interesaría. Además, la insistencia en que hay que leer 20 minutos todos los días, supone que la lectura es una actividad cuantificable y mecánica —análoga al ejercicio físico—, que basta practicarla con regularidad, estoicismo y hasta resignación, para alcanzar un estado saludable, sin importar el tipo de texto, los propósitos de la lectura, ni el contexto en el que se lea. Así, el valor de la lectura se promueve, la mayoría de las veces, mediante eslóganes vacíos como “Leer es importante” o “Leer es un deporte”, que no dicen nada sobre esta actividad que, junto con la escritura, resulta central en la sociedad contemporánea. Dichos eslóganes, sumados a otro tipo de acciones, contribuyen a imponer la idea de que la lectura es una obligación, una medicina amarga o una especie de penitencia que hay que cumplir para obtener, mágicamente, algunos de los beneficios que aporta, aunque no se sepa con exactitud cuáles son ni cómo se generan. Y lo que se provoca, la mayoría de las veces, es un sentimiento de culpa, de vergüenza o de simple rechazo frente a los libros.

Para tratar de entender la importancia que tiene el desarrollo de la competencia lectora en nuestra sociedad, es necesario hacer notar que la lectura, así como las modalidades en que se realiza, está condicionada cultural e históricamente, y es sometida a un proceso de cambio continuo en el que inciden factores tan diversos como el soporte o materialidad del texto; el rollo de pergamino, el códice o el libro moderno, la pantalla de la computadora o el libro electrónico, imponen al lector formas de leer particulares, así como posibilidades y límites de interacción específicas. Por otra parte, las transformaciones técnicas de reproducción de lo escrito --manuscritas, impresas o digitales--, reducen o incrementan los alcances y velocidad de circulación

del texto; y, finalmente, las prácticas culturales, que incluyen modalidades de lectura en voz alta o en silencio, en grupo o individual, entre otras posibilidades, modifican la concepción misma de la actividad lectora y sus funciones sociales. (Chartier, 2010)

Así, es necesario no perder de vista que la insistencia en el valor y la necesidad de la lectura es un fenómeno moderno, que contrasta vivamente con otras culturas y contextos históricos. Por ejemplo, en una cultura eminentemente oral como la de la antigua Grecia, la palabra escrita fue considerada como estática, sin alma que incluso constituía una amenaza para la memoria y el pensamiento. Esto es lo que plantea Platón en la parte final de “Fedro”, donde retoma el mito egipcio sobre la invención de la escritura, atribuida al dios Theut, quien la presenta al rey Thamus como remedio contra el olvido sin que logre convencerlo de sus bondades. Entre las objeciones que se le hacen a la escritura en este diálogo, Sócrates señala que a diferencia de la palabra oral, el texto escrito es como la pintura: parece viva, pero no lo está, pues cuando se le piden explicaciones es incapaz de responder y cuando se le ataca, no puede defenderse. (Platón: 275 e-d)



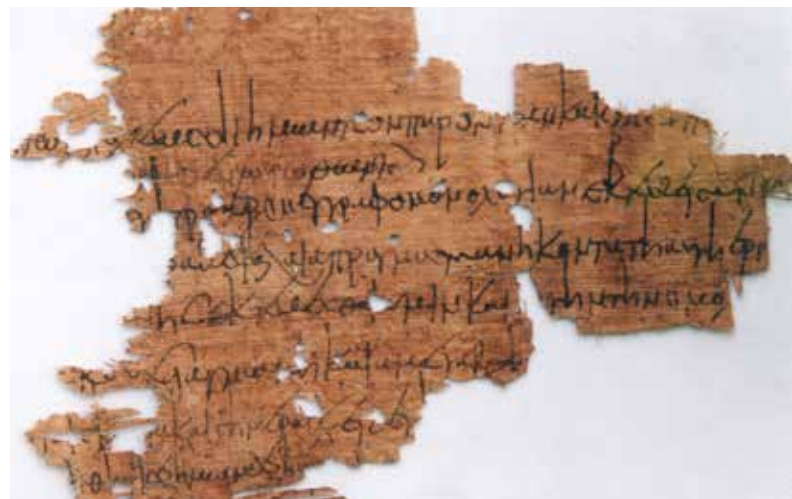
Aunque Platón y su maestro Sócrates rechazaron la escritura y sólo le concedieron un mínimo valor como recordatorio para la memoria, especialistas como Walter Ong han señalado que la aparición de esta tecnología de la palabra —de la que la imprenta y la computadora son meras extensiones— tuvo una importancia capital en el desarrollo de la humanidad, pues moldeó y transformó su actividad intelectual al trasladar “el habla del mundo oral y auditivo a un nuevo mundo sensorio, el de la vista” (Ong: 87), además de que, al separarse de su autor, la escritura hizo posible la circulación de la palabra en diversos contextos, favoreciendo la proliferación del sentido.

Si bien la aparición de la lectura es consecuencia de la invención de la escritura, en un principio esta práctica fue privilegio de un número muy reducido de personas autorizadas (escribas, sacerdotes o monjes, etcétera) para conservar el saber y dar a la lectura un uso fundamentalmente religioso; fue hasta el siglo XII —con la fundación de escuelas y universidades— que se convirtió en un trabajo intelectual (Chartier, 1999), lo cual también contribuyó al tránsito de la lectura en voz alta, cuya práctica usual era colectiva, a la lectura solitaria y en silencio.

Hoy en día leer en silencio nos parece el modo “natural” de lectura, las huellas de su aparición nos permiten tomar conciencia de que en el pasado fue, más bien, una práctica excepcional, incluso impresionante, tal como lo muestra el testimonio de San Agustín en sus *Confesiones*, donde consigna su sorpresa al descubrir que cuando el obispo Ambrosio leía, “sus ojos corrían por encima de las páginas, cuyo sentido era percibido por su espíritu; pero su voz y su lengua descansaban.” (San Agustín, 2002:108)

Desde el asombro de San Agustín en el siglo V, la lectura en silencio siguió un lento e irregular proceso de propagación a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento hasta mediados del siglo XVIII, cuando se desarrolló significativamente debido a una serie de factores como la alfabetización de sectores cada vez más amplios de la población, la difusión masiva de todo

tipo de textos gracias a la imprenta y la consiguiente “reproductibilidad técnica de la escritura” (Benjamin, 1973), la cual, entre otras cosas, impulsó el desarrollo de la novela como género literario, así como el diseño de volúmenes portátiles, ideales para leerse de manera privada. Dichas condiciones desembocaron en la que ha sido considerada una de las principales revoluciones de la lectura, la cual, a su vez, moldeó en más de un aspecto la cultura moderna. Y es que la lectura en silencio —en particular la del texto literario— en tanto experiencia visual, silenciosa y solitaria, ha sido señalada como origen de la esfera de lo íntimo y lo privado, ya que ofrece las condiciones ideales para que el lector se repliegue sobre sí mismo, dando rienda suelta a la imaginación, las emociones y el pensamiento sin someterse a ninguna coacción externa.



Por otra parte, y dado que el texto queda fijo en el espacio gracias a las marcas de la escritura, el lector puede volver a él cuantas veces lo desee para explorar diversas posibilidades de sentido o bien, para divagar libremente. Es posible identificar en la lectura en silencio y soledad el origen de la concepción actual de la actividad lectora en términos de ejercicio de apropiación subjetiva, así como de espacio de libertad que permite al lector explorar posibilidades de significación no previstas por el texto.

De modo que, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se produjo un fenómeno inédito hasta ese momento: el consumo voraz de textos, particularmente de novelas,



lo que generó una gran preocupación entre filósofos y médicos, quienes consideraron peligrosa la propagación de esta epidemia o “fiebre lectora”, como la llamaron. Algunas razones esgrimidas para vigilar y tratar de frenar el consumo inmoderado de novelas fue la capacidad de este género para afectar a los lectores más sensibles, como el hombre de sentimientos, o los más crédulos, como los niños y las mujeres, además de señalar que la influencia textual volvía al lector “ciego y sordo” a cualquier otro estímulo del entorno inmediato”. Citando a *The Woman Reader 1837-1914*, de Kate Flint, Karin Littau señala que:

sobre todo, la lectura de novelas [románticas] se consideraba peligrosa para las mujeres, pues podían despertar falsas expectativas con respecto al matrimonio y acarrear una sensación de disconformidad con la realidad de su propia vida comparada con el mundo de fantasía de un libro. Así, la peligrosidad de la lectura de ficción radicaba en sus posibles efectos: escapismo, alimentar fantasías de todo tipo, sugerir ideas sediciosas, entre otras posibilidades. (Littau: 45-46)

Pero la lectura no sólo se concebía como amenazante para la mente y la participación social del lector sino también para su cuerpo, tal como indicó Johan Georg Heinzmann en 1795, citado por Robert Darnton, quien atribuye a

la lectura las siguientes dolencias: “[...] predisposición a resfriados, debilitamiento de la vista, accesos de calor, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, enfermedades pulmonares, indigestión, obstrucción del intestino, alteraciones nerviosas, migrañas, epilepsia, hipocondría y melancolía.” (Darnton, 1990: 171-172)

Con este breve recorrido en el tiempo, queda claro que no puede perderse de vista el carácter social e histórico de la lectura si se desea entender la complejidad y dinamismo de este fenómeno para incidir en la formación de potenciales lectores capaces de responder a las múltiples exigencias de la sociedad contemporánea, marcada, como nunca antes, por el predominio de la cultura escrita y de las transformaciones técnicas que han multiplicado y diversificado las prácticas tradicionales de lectura y escritura.

Al hablar de hábitos y habilidades de lectura de los jóvenes, así como de la sociedad en su conjunto, tenemos que ampliar nuestro concepto de esta actividad para incorporar las modalidades que ofrecen las nuevas tecnologías y que constituyen las formas predominantes de la comunicación hoy en día. Ciertamente, los jóvenes —y no tan jóvenes— leen y escriben mucho más que en otras épocas: mensajes





de texto por celular, correo electrónico o *tweeter*, además de participar cotidianamente en todo tipo de redes sociales, aunque no sean éstas, precisamente, las prácticas sociales del lenguaje que el sistema escolar busca modelar y consolidar en los alumnos.

Así que, junto con Margaret Meek (2004), habría que preguntarse ¿qué significa ser usuario de la cultura escrita contemporánea, en la que la tecnología ha revolucionado la comunicación, si bien coexiste con muchas de las prácticas convencionales de lectura? ¿Y cómo desarrollar en la escuela, de manera efectiva, la capacidad de los estudiantes para leer distintos tipos de textos, en circunstancias diversas y con propósitos específicos?

Precisamente estas preguntas nos plantean la necesidad de buscar estrategias que tomen en cuenta las condiciones y exigencias actuales de comunicación, en busca de vías más productivas para que los jóvenes desarrollen su capacidad “para comprender, emplear, reflexionar e interesarse en los textos escritos con el fin de lograr sus metas personales, desarrollar sus conocimientos, su potencial personal y, en consecuencia, participar en la sociedad.” (SEP, 2012). Ello implica reconocer que,

en nuestro horizonte, la comprensión de un texto se produce en una interacción compleja entre texto y lector, determinada por factores tan diversos como el contexto o situación comunicativa en que se produce la lectura, los propósitos con que se realiza, el tipo textual y sus reglas del juego particulares, entre otros. Ciertamente hay que seguir trabajando para incorporar, por un lado, las nuevas modalidades de lectura que se practican en los más diversos contextos, pero en países como el nuestro, con tantas desigualdades sociales, es necesario impulsar políticas específicas para atender de manera particular a los sectores de la población menos favorecidos con el objetivo de propiciar su plena integración a la cultura escrita, pues como ha dicho con toda precisión Michèle Petit:

Para unos, todo está dado al nacer, o casi todo. Para otros, la distancia geográfica se agrega a las dificultades económicas y a los obstáculos culturales y psicológicos. Para quienes viven en barrios pobres en las orillas de las ciudades, los libros son objetos raros, poco familiares, investidos de poder, que dan miedo. Están separados de ellos por verdaderas fronteras, visibles o invisibles [que] no desaparecen solas: por el contrario, en nuestra época, la segregación y el confinamiento se acentúan por doquier. (Petit: 24)



Como esta misma autora sugiere, lo que se necesita —en general— es cambiar el discurso en torno a los textos y la lectura, para fomentar un tipo de acercamiento más libre, particularmente a los textos literarios, evitando la tradicional carga de obligatoriedad con la que tristemente se les ha asociado y que ha contribuido enormemente a profundizar la distancia y la indiferencia que la literatura suscita en amplias capas de la población. Brindar condiciones adecuadas para favorecer la interacción entre los lectores no profesionales con el texto de ficción es un desafío verdaderamente complejo, que requiere superar las prácticas tradicionales de enseñanza y promoción de la lectura. Resulta obvio señalar que, desde hace mucho tiempo la literatura ha dejado de ocupar el lugar privilegiado que tuvo durante los siglos XVIII y XIX, cuando la novela alcanzó su máximo desarrollo. La sociedad contemporánea se ha transformado profundamente con el vertiginoso despliegue de tecnología y diversificación de los medios de comunicación vividos en el último siglo que han multiplicado las opciones para el ocio y el entretenimiento. En un contexto como este, en el que el placer solitario, íntimo y emocional de la lectura ha sido desplazado por otro tipo de actividades, es necesario buscar opciones para dar cabida nuevamente a esta experiencia que puede brindarle al lector “un sentido que le permita comprender mejor al hombre y al mundo, [...] descubrir una belleza que enriquece su existencia; y haciéndolo, se comprend[a] a sí mismo.” (Todorov: 25)

### Bibliografía

- Benjamin, Walter (1973), *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Madrid: Taurus.
- Chartier, Roger (1999), “Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX”, conferencia transcrita por Erika Alejandra Menchaca, en *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, número 007. Instituto Tecnológico de Monterrey (ITESM), pp. 91-110. Disponible en: <http://www.redalyc.org/redalyc/pdf/384/38400705.pdf>
- \_\_\_\_\_ (2010), “Del código a la pantalla: trayectorias de lo escrito”, en *Circulaciones: trayectorias del texto literario*, coord. por Adriana de Teresa. México: Bonilla-Artigas/Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp. 17-30.
- Darnton, Robert (1990), *The Kiss of Lamourette*. Londres: Faber & Faber.
- \_\_\_\_\_ (2008) “The Library in the New Age”, *The New York Review of Books*, disponible en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2008/jun/12/the-library-in-the-new-age/?pagination=false>
- Meek, Margaret (2004), *En torno a la cultura escrita*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ong, Walter (1987), *Oralidad y escritura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Petit, Michèle (2001), *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Platón (1997), *Diálogos. Volumen III. Banquete, Fedón y Fedro*. Madrid: Gredos.
- Littau, Karin (2008), *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.
- San Agustín (2002), *Confesiones*. Barcelona: Juventud.
- SEP (2012), *Hacia PISA 2012 México*, en <http://www.pisa.sep.gob.mx/>
- Todorov, Tzvetan (2009), *La literatura en peligro*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.